

Glosando la actualidad

Vol 2
Jun 4/925

Los dos centenarios

De Felipe II a D. Práxedes Sagasta

Sin voluntad para la acción inmediata, se ha dado ahora en organizar centenarios. Quizá no sea muy exacta esta afirmación sobre la ausencia de voluntad, pues el centenario puede ser movilización de fuerzas, acto de presencia, marca a fuego puesta a tenazón sobre una conciencia nacional ausente. En los que asoman en el horizonte sensible, seguramente responde el uno a esta concepción y se intenta que sea trágica para la opinión liberal; en cuanto al otro, lo ha comenzado a esbozar la inconsciencia, y la gramática parda lo consumará si se lleva a cabo.

La marca a fuego que se quiere imponer al país atónito se forja con el centenario de Felipe II. Salvo opinión en contrario, que nosotros respetaremos, se trata del cuarto centenario del nacimiento de aquel Monarca que proyectó sobre el período más floreciente de la Historia de España la sombra densa de un alma trágica. A aquel Monarca, consumero siniestro del pensamiento, pues lo persiguió con su pincho fiscal hasta removiendo en las tumbas los huesos de las víctimas elegidas, se le quiere honrar por modo excepcional con motivo de su centenario. Si este homenaje fuese por que pronto se contarán cuatrocientos años desde que nació Felipe II, y cuatro siglos nos separan ya del período en que el Monarca austriaco puso el sello de su fanatismo al alma española, toda España debería sumarse al centenario. El día que se haya raído del panorama espiritual español toda reminiscencia del reinado de Felipe II. España entrará en franco período de liberación. Pero el centenario se trama para la exaltación de aquella figura, cuyos trazos torvos no han podido ser todavía difuminados por los siglos.

Felipe II fué una máquina montada con todas las hipocresías para ser movida por un espíritu soberbio y egoísta, y en su servicio. El fanatismo de Felipe II no era más que uno de los engranajes, el más poderoso acaso, de la máqui-

na, que no llegaba a troquelar el alma: era ésta quien mandaba, cautelosa, pero soberana, en el resorte del fanatismo. Por eso, mientras perseguía implacable, mediante la Inquisición, al pensamiento que pretendía erguirse, se rebelaba contra los jefes de la Iglesia, y contra ellos y contra sus bienes enderezaba el aparato neumático fiscal. Era la omnipotencia en la tierra para con ella hipotecar el cielo lo que perseguía aquel espíritu cauteloso y sombrío.

En ningún momento de la Historia española se ha visto el pensamiento sojuzgado como en los tiempos de Felipe II. Por pensar libremente se encarcelaba a las gentes, sin reparar en jerarquías; por pensar libremente o por no acomodarse al imperio de la voluntad todopoderosa, que necesitaba destacar sobre un páramo. Si el perseguido se retractaba, se le mandaba a la hoguera, porque la retractación atribuíase a anhelo de libertad. A veces, como en los autos de Valladolid y Sevilla, los huesos también querían redimirse de sus tumbas, el espíritu sabueso descubría el intento de evasión y eran arrojados aquéllos a la hoguera. Se les daba la libertad que logran las cenizas aventadas por el huracán; pero aquel huracán lo desencadenaban todos los pecados capitales. Se prohibió a los españoles que pudieran asistir a las universidades y colegios extranjeros, so pena de perder la nacionalidad y ver confiscados sus bienes; se impedía la entrada de libros en España. Pero al mismo tiempo que así se veía constreñido el pensamiento, Felipe II, ese Monarca cuyo centenario se intenta celebrar, saqueaba las flotas que venían de Indias, entraba a saco en todas las temporalidades, inventaba los más extraños tributos, entre ellos el impuesto a la legitimación de hijos de clérigos; vendía hidalguías, enajenaba, en fin, el alma, con tal de acumular recursos que le permitieran extender sobre sus dominios el hálito corruptor de todas las germinaciones espirituales

animadas por nobles sentimientos humanos.

Sabida es la transformación ocurrida en el rostro de la madre de Felipe II al morir; su belleza se trocó en fealdad que producía horror; era el horror, seguramente, por el ser que dejaba a las puertas del trono. La primera mujer de Felipe II murió pocos días después de haber nacido el príncipe Carlos; seguramente, para no asistir a la muerte del hijo, juzgado por el padre. Felipe II murió ulcerado y piojoso, purgando en esta vida sus culpas.

Y esas úlceras y esa miseria son las que se van a reunir para rendir excepcional homenaje al gran Rey D. Felipe II con motivo del cuarto centenario de su nacimiento.

Don Práxedes Mateo Sagasta es la víctima del otro centenario. Hasta ahora, quienes han tenido la peregrina ocurrencia han logrado el acuerdo acerca de la fecha de nacimiento del político riojano; no se sabe el espíritu que se quiere infundir al homenaje que se quiere hacer al centenario. Se puede afirmar que parece inspirado el propósito por los peores enemigos de don Práxedes Mateo Sagasta, y, sin embargo, figuran en el movimiento organizador directos e inmediatos herederos de la política conocida con el nombre de sagastina.

Sagasta, en estos momentos, y sin perjuicio del juicio definitivo de la Historia, simboliza el régimen caído por el golpe de Estado. En esta hora en que España quiere mirar hacia adelante, en busca de nuevas concepciones, nuevas fórmulas y nuevos procedimientos políticos, pensar en Sagasta, traer a colación su recuerdo, es de una inoportunidad imperdonable, si hay que atribuir el hecho a liberales. No se celebrarán actos en su honor, cualquiera que sea la virtud organizadora que tengan los promotores del homenaje; se trará el cuerpo político de Sagasta, todavía insepulto, a la mesa de disección del vasto anfiteatro nacional, y con la disección de la conducta gubernamental del hombre se hará la del falso liberalismo llevado por aquél a la gobernación del Estado desde el pacto de El Pardo. Y será irreparable el daño que se cause a la libertad, por la confusión que se produzca entre una conducta política que pretendió llamarse liberal y las puras esencias del liberalismo.

MONIMONIO MENTAL

Sagasta, desde el Poder, se dedicó a desvirtuar cuanto había defendido generosamente, abnegadamente, en la oposición. Por su influjo sobre la conciencia española se llegó a tal falseamiento de todos los principios, normas y hasta idearios liberales, que la alternativa de los partidos primero, y después la rebatía de las partidas liberales, fueron creando el armadijo político, diferenciado con etiquetas, pero con la base de sustentación corroída por toda suerte de corrupciones y apetitos, que, en un momento, con desprestigio para la idea de libertad inocente de la mixtificación, amenazaría hundirse, aplastándolo todo, y daría lugar a la intervención del Ejército. El golpe de Estado es, desde ese punto de vista, la condenación provisional de la intervención de Sagasta en la gobernación de España.

¿No lo han visto los organizadores del homenaje en el centenario del nacimiento del hombre acomodaticio de la Restauración y la Regencia? Un homenaje a Sagasta pueden tributarlo hoy quienes consideran que la situación de excepción por que atravesamos debe trocarse en permanente. Al estar conforme con la causa se está de acuerdo con el efecto. En cambio, quienes, sinceramente liberales, tienen para el Sagasta de la juventud heroica todos los respetos, pero también todas las condenaciones para la mixtificación del liberalismo en el Poder, de que fué principal factor el Sagasta gobernante, no se sumarán a esa exaltación de una vida cuando se están palpando sus errores. Dejan a la Historia, en un por venir más lejano, el juicio definitivo sobre D. Práxedes Mateo Sagasta, porque dicho juicio será más justo para el hombre joven de los ardorosos entusiasmos por la libertad y más piadoso para el gobernante que nos trajo a estos momentos de inquietud, en que el liberalismo carece de punto de mira para realizar su función trascendental en la vida española.

UN LIBERAL

*Los
Jenios 4/25*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA